

Isaías 53:6

Texto: Isaías 53:6 TODA NUESTRA CULPA - SOBRE ÉL
Predicado en el culto con la Santa Comunión en la convención
anual del Sínodo Evangélico Luterano en Mankato, Minnesota,
17 de junio de 1987.

Estamos aquí para un culto con celebración de la Santa Cena en
conexión con la convención anual de nuestro sínodo. Así nos
reunimos como el pueblo de Dios, que se interesa por su obra.
Luego, nos podríamos preguntar si éste es el texto más
apropiado para nosotros como delegados a la convención.
¿Acaso no tienen su lugar estos hechos fundamentales sobre el
pecado y la gracia más bien en el fondo, algo que hemos oído
antes y ahora se sobreentiende, de modo que podamos proceder
a las verdaderas tareas urgentes de la iglesia: los planes y
proyecciones, los programas y presupuestos, las resoluciones de
exhortación y agradecimientos - todas las cosas grandes y
pequeñas que son necesarias para que una organización funcione
sin problemas? ¿Necesitamos nosotros, sobre todo, tener un
recordatorio de nuestra culpa? ¿Y realmente es de tanta
importancia que nosotros especialmente recibamos
constantemente la segura promesa de la gracia de Dios?

Si realmente miramos de cerca la profecía de Isaías, veremos
que de hecho se dirige especialmente a nosotros, que somos
precisamente los que tenemos necesidad de que se nos recuerden
estos hechos fundamentales de toda nuestra existencia. De
hecho, si no fuera por el sencillo hecho de que **Toda nuestra
culpa estaba sobre él**, no tendría ningún caso en absoluto
reunirnos aquí en Mankato en estos días calurosos de junio.

Todos nos hemos desviado. En esto sobretodo está nuestra
culpa. En lugar de quedarnos con el Pastor, con aquel que se
deleita en hacer a los suyos recostarse en pastos verdes, los
conduce por las aguas tranquilas, y quien deseaba guiarnos en
las sendas de justicia, lo abandonamos, lo dejamos. Nos fuimos,
pensando hallar pastos aun más verdes, y en su lugar
encontrando solamente los hoyos abiertos y las barrancas
precipitosas de la destrucción. Nos habíamos desviado,
estábamos perdidos irremediamente, sin ninguna posibilidad
de encontrar otra vez el camino hacia el Buen Pastor.

¿Pero de quiénes habla el profeta? ¿Quiénes son “todos
nosotros” con que nuestro texto comienza con tanto énfasis. Es
cierto que “todos han pecado y están destituidos de la gloria de
Dios”. El pecado y la culpa son universales según la clara
enseñanza de la Escritura. Pero esto no es el énfasis mayor aquí.
Isaías se incluye en primer lugar él mismo cuando dice “todos

nosotros”. Sí, Isaías, el siervo de Jehová, el que fue llamado por Dios a anunciar su juicio contra un pueblo errante, el que tomó la palabra de Dios y la puso en su boca, él mismo fue una parte de ese pueblo que se había desviado. Su propia culpa y pecado, su absoluta falta de dignidad lo enfrenta.

Sin embargo, Isaías también aparece como el portavoz de un grupo. “Todos *nosotros*”. ¿A quienes se refiere con “nosotros”? Este capítulo, que describe con tanta fuerza todas las consecuencias del pecado y la iniquidad, que habla de dolor, tristeza y azotes, que retrata al Siervo de Jehová azotado, herido y afligido por Dios, sigue para decir: “por la rebelión de mi pueblo fue herido”. El Siervo por el mismo pueblo de Dios. El pueblo de Dios significaba Israel desde que Dios había establecido el pacto, al llamarlo para ser suyo, al librarlo de la esclavitud en Egipto, al cuidarlo en el desierto, al llamarlo con ternura a volver a él mediante sus profetas. A ellos Dios les había prometido un Salvador y Redentor. Sin embargo, ya que nuestro versículo es profecía, también está incluido aquí el Israel del Nuevo Testamento, la iglesia de todos los creyentes.

Así, otra vez, mientras es cierto que el “Cordero Excelso” llevará “del mundo los pecados”, no debemos mirar los excesos repugnantes de los homosexuales o los adúlteros o los violadores de menores o los tiranos u opresores que están allí fuera en alguna parte (y al mismo tiempo sentirnos muy satisfechos que ya que somos cristianos, gracias a Dios no somos como otros hombres). No, no debemos mirar más lejos que las faltas y culpas reales que es todo lo que nosotros somos y tenemos en nosotros mismos. De hecho, a quien mucho se da, mucho se le requiere. Porque a la persona a quien se le ha revelado que es un heredero de Dios, que todos los tesoros del reino del cielo son suyos, cuando él frente a todas estas incomparables promesas todavía peca llenándose de celos y codicia, ¿no puede ser que su culpa es mucho mayor que la de la persona que cree que las posesiones materiales de este mundo son todo lo que hay, y ha cometido un fraude o robado para obtener para sí una porción de ellas?

Cuando Amós comenzó su serie de juicios proféticos denunció, una por una, a las naciones enemigas que rodeaban a Israel por verdaderas atrocidades, actos horrendos, crueldad extrema, tales como el traslado forzado de poblaciones enteras para ser esclavos, cortar los vientres de las mujeres encintas de Israel, degradar el cuerpo de un rey vencido quemando sus huesos para hacer mezcla. Pero cuando llega a Judá no menciona nada de estas cosas que causan horror aun al más insensible entre los incrédulos, sino más bien “porque menospreciaron la ley de Jehová”. Y cuando llega a Israel, el reino del norte, que había sido tan favorecido por Dios, habla de la opresión de los pobres,

su amor al lujo, su falta de interés en la palabra de Dios que hablaban los profetas, y su vano formalismo de presentar sus sacrificios y diezmos como una cubierta para su impenitencia. La razón que da el Señor por su amenaza de juicio contra la nación de Israel es muy interesante: “A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra”. Sólo a ustedes escogí para amarlos. Sólo a ustedes he dado mis promesas de redención. Sólo a ustedes he llamado a volver a mí cada vez que se han desviado. Por eso, porque frente a tanta misericordia han persistido en su rebelión, los tengo que castigar. La gracia rechazada, la gracia abusada, la gracia sin respuesta; ésa es la mayor de todas las culpas, y exige el castigo y la pena más severos.

Sí, precisamente a nosotros se aplica el mensaje de culpa, pecado y juicio. “Todos nosotros”, sí, aún nosotros, el pueblo de Dios, nos hemos descarriado. El hecho de que con toda la gracia que Dios ha derramado sobre nosotros, que año tras año podemos oír del amor y sacrificio del Hijo de Dios por nosotros, y sin embargo pecamos tan fácilmente al murmurar y quejarnos por la manera en que Dios arregla nuestras vidas y circunstancias, que todavía podemos caer presos en los celos y el enojo unos contra otros, todavía podemos dejar que se formen en nuestros corazones juicios poco caritativos de los juicios, las motivaciones y las intenciones de los otros que forman una congregación con nosotros, o de los miembros de las juntas del sínodo, o de nuestros pastores o laicos.

Somos nosotros, el rebaño, quienes nos hemos descarriado. Y esto nos incluye a nosotros como el pueblo de Dios. Pero la tentación es siempre mirar a esa otra iglesia, otro sínodo, otra congregación, aún ese otro individuo dentro de la congregación. Pero Isaías no nos deja escapar así. No solamente generaliza, individualiza. “cada cual se apartó por su camino”. No hay escape. Esa palabra “cada cual” me señala directamente a mí. Puede haber tantas maneras de desviarse como hay gente, pero cada una de ellas se aleja del Pastor. Cada uno está bajo la culpa y el juicio de Dios, y no puedo aminorar esa culpa comparándome con otro, convenciéndome de que mi manera de dejar el camino sea menos serio que el de otro cuyo camino puede ser diferente. Los dos son mortales. Así que cada uno de nosotros tenemos necesidad de diario pesar y arrepentimiento. Y eso es algo que nunca queda relegado al pasado, de modo que podamos sin él ahora ocuparnos de nuestro verdadero trabajo. Cada uno diariamente tenemos que confesar: “JAH, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse?”

Frente a esta culpa, podría parecer que no nos corresponde reunirnos aquí como el pueblo de Dios, que todos tendremos que volver a casa y entregarnos sin esperanza al juicio venidero.

Pero allí entra el Siervo de Jehová. Milagro de milagros, aunque nuestra culpa es tan grande que debe habernos consumido en un momento, así como amenazó contra Israel en el Monte Sinaí, el Señor trató con nuestra culpa de un modo completamente inesperado: “mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. La culpa era real. El desviarnos no fue un error inocente pero trágico. Más bien era una verdadera afrenta a la santidad de Dios. Por su misma naturaleza exigía un juicio inexorable. Ningún poder en la tierra podía librarnos del juicio que hemos merecido. Pero aquí Dios mismo provee un Sustituto que es divino él mismo. Aquí está uno que no tenía pecado ni iniquidad propio, y sin embargo fue azotado, herido de Dios y abatido. Aquí está el que fue herido, golpeado, castigado, cubierto de verdugones. Aquí hay alguien que fue cortado de la tierra de los vivientes — ¡y sin embargo no había hecho nada mal! ¿Qué es esto? ¿La mayor injusticia en la historia del mundo? ¿La injusticia de un Dios que con crueldad aflige a los inocentes sin causa? Así parecería, si solamente no miráramos a la persona inocente de este Siervo de Jehová, y tratáramos de armonizar sobre esa base su absoluta justicia e inocencia y el horror de su sufrimiento.

Pero él sufrió por nuestra culpa: nuestra culpa, nuestros dolores, nuestro castigo y nuestros azotes. Todos estaban sobre él, y por eso *no* sobre nosotros. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. Toda la terrible carga, con todos sus juicios, fue trasladado de nosotros a él, este Siervo de Jehová, Cristo, el Cordero de Dios, quien en la cruz del Calvario llevó la culpa, sufrió la pena, e hizo plena expiación por todos nuestros pecados.

Fue Jehová que puso la iniquidad de todos nosotros sobre su propio Hijo amado. Fue el mismo a quien ofendimos, el mismo que en su santidad debe habernos consumido en un momento, que nos perdonó afligiendo a su propio Hijo. Fue el que había revelado su nombre a Moisés: “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad”. No hay otro lugar en donde Dios ha demostrado con tanta abundancia esa misericordia en no tratar con nosotros conforme a nuestros pecados que en esto: que “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”.

Y eso lo hizo por todos nosotros. No solamente para el cristiano fuerte, sino también para el débil. No sólo la culpa que pesaba sobre nosotros antes de nuestro bautismo, sino la culpa de cada pecado que hemos cometido hasta el día de hoy. No sólo los pecados involuntarios de debilidad, sino hasta los actos conscientes de rebelión en que sabíamos que estábamos desafiando la voluntad del Dios santo. No solamente nuestros pecados en lo que llamamos nuestra vida secular, sino hasta los

pecados que hemos cometido contra hermanos, contra los que están unidos con nosotros por la fe. Toda nuestra culpa, y todo nuestro castigo, fue puesto sobre él.

Amén.